

Llevaba dos semanas ^{prisionero} ~~como detenido~~ en el estadio y ya le habían puesto un mote: "El Caballero solitario". Eso no ~~le~~ molestaba a Alejandro ~~XXXXXXXXXX~~ Silva. Hasta se diría que le agradaba. Instintivamente, había tratado de mantener una buena apariencia, con una dedicación mucho mayor que la que ~~en su~~ ^{en su} vida ordinaria ^{ponía}. Se las arreglaba para afeitarse diariamente con una ~~g~~ hoja gilette que cuidaba cual preciado tesoro y aún cuando no disponía ni de agua caliente ni menos de jabón especial, había adquirido suficiente destreza como para no cortarse. Igual cuidado ponía con su ropa. No mancharla, no arrugarla. Por eso lo de "caballero" y, en cuanto a lo de "solitario", Alejandro pensó que tampoco era extraño en él. Demasiado reflexivo, con una tendencia a analizar, nunca había sido una persona gregaria.

Y sin embargo estaba ahí.

Toda su familia había sido siempre de izquierda, en la Universidad había ~~XXXXXXXXXX~~ sido candidato, siempre derrotado, a los más diferentes cargos y, cuando un grupo de amigos lo habían instado a que actuara como interventor de una fábrica textil, había terminado por aceptar no obstante sus reticencias. Había tratado de poner orden sin mucho éxito y aplicar su capacidad organizativa en medio de un caos que íntimamente repudiaba. Así, cuando se produjo el golpe, ~~a~~ no se extrañó de sentir cierta sensación de alivio. ~~xx~~

Pero estaba en el estadio. Lo habían aprehendido en la misma fábrica y sin que nadie le preguntara nada, había terminado en un camarín, hacinado entre personas que le eran ajenas: obreros, dirigentes políticos, estudiantes. ~~XXXXXXXXXX~~ ^{ellos} ~~que~~ seguían utilizando un lenguaje que le resultaba, ahora más que nunca, hueco y absurdo. Comprendía y hasta justificaba que ellos estuvieran en esa situación. Después de todo eran los responsables del fracaso, pero él....

Y así aceptaba ^{gustoso} ser "El Caballero solitario" y esperaba que el mote hubiese trascendido hasta los guardias, para que supieran que no era de los mismos. Sí, él era un profesional progresista, pero como esos.... No. Había una diferencia grande y era necesario hacerla notar.

Solamente cuando alguno de sus compañeros de camarín, volvían del interrogatorio, el cuerpo quebrado por los golpes, la sangre manando por las narices, con el pavor de no haber resistido y haber hablado más de la cuenta, Alejandro sentía un sentimiento de solidaridad que, cuando lo analizaba, no sabía exactamente si era eso o el miedo de ser sometido él, también, a semejante prueba.

Alejandro ~~pr~~ncipió a pensar que se habían olvidado de él, que quizás por un error ~~su nombre~~ no aparecía en las nóminas de prisionero. Cada vez que los altoparlantes indicaban los nombres de personas que debían dirigirse a los lugares de interrogatorio, esperaba ansioso, a diferencia de la mayoría, ~~ser llamado~~ ^{ser llamado} oír su nombre. Tenía la seguridad que después de ser interrogado sería puesto en libertad. Y, quizás, hasta con excusas. Pero ^{pasaba el tiempo y} como ~~su~~ nombre no era propalado por los altoparlantes ideó una estratagema: Se dirigía adónde eran llamados los demás y preguntaba al guardia si lo habían ~~llamado~~ ^{citado}, que le pareció oír su nombre, pero no, no era a él. Y ante cualquiera ~~cosulta~~ ^{consulta} de si lo llamarían pronto le ordenaban moverse rápidamente ~~y más de una vez lo habían empujado a~~

y cuando en una ocasión la orden fué acompañada de un puntetazo con la carabina, decidió no insistir más y esperar.

Una tarde, cuando se paseaba por las graderías del estadio, buscando los lugares menos concurridos, imaginando el interrogatorio a que sería sometido y que necesariamente debía ser el término de su cautiverio, lo abordó un grupo. No eran más de cinco, pero sólo habló, "el Oso", un estudiante barbudo que era su compañero en el camarín.

- ¿Y Ud., compañero, por qué siempre anda solito?

- Me gusta.

- ¿A qué grupo pertenecía?

- ¿grupo?

- ¿A que partido?

- Radical.

Alejandro advirtió una sonrisa despectiva en los rostros de los que rodeaban a "El Oso", pero éste siguió imperturbable.

- ¿Radicales de cuales?

- Radical, no más.

- ¿Y por qué está aquí?

Alejandro se encogió de hombros. Le hubiera gustado decirle que eso mismo es lo que se preguntaba él, que había un error en su detención, pero con prudencia se limitó a decir: "Era el interventor de la Textil Gloria."

- ¿La Textil Gloria? No andaban muy bien las cosas por allá.

- No. Nada de bien.

- Habían muchos infiltrados, gente que atornillaba al revés y parece que el interventor les daba mucha manga ancha.

Alejandro ya había oído anteriormente ese rumor. Pero ahora se lo decían de frente, como una acusación tanto más ridícula ante la precaria situación en que se encontraba su acusador y él mismo.

"¿Y sabe Ud. -continuó "El Oso" mirándolo fijamente - que aquí también hay infiltrados y que los interventores que tenemos, esos con uniformes, también tienen manga ancha con ellos y que nosotros ya sabemos quienes son los soplones y que tenemos muchos amigos afuera que lo saben y que están dispuestos a cagarlos en cuanto salgan de aquí?"

Alejandro no sabía si tratar de pegarle a "El Oso" para demostrar su inocencia o tratar de razpar con él, pero ~~en~~ fué en ese momento de duda cuando oyó ~~en~~ por los altoparlantes su nombre.

- "Lo salvó la campana", comentó uno de los acompañantes de "El Oso"

- El árbitro habrá visto que lo teníamos en las cuerdas, apuntó jocosamente "El Oso".

- "En el camarín hablamos", dijo Alejandro a guisa de despedida mientras principiaba a bajar a grandes saltos las graderías.

Cuando llegó al sitio ~~en~~ donde lo habían llamado y dió su nombre, un sargento lo miró detenidamente y después le indicó una puerta.

"Por aquí".

Era un pequeño recinto que normalmente debería usarse para guardar útiles de aseos.

- ¿Aquí me van a interrogar? ,preguntó Alejandro.

-No, no te van a interrogar.

-Pero si no me han interrogado nunca....

- No hace falta.

- ¿Y para que me dejen aquí?

El sargento lo volvió a mirar detenidamente. Alejandro pensó que algo extraño había en su vestimenta y se miró a su vez.

- Te van a fusilar.

Y el sargento cerró la puerta.

Vas a morir, Alejandro. Tienes treinta y dos años y vas a morir. ¿Quién te mandó a meterte en esto? Que mueran los aque estaban convencidos, los que se llenaban la boca con la revolución, con el pueblo, con los burgueses reaccionarios, ^{el poder popular} y que que se yo que patillas más. ¿Pero yo? ¿Por qué? Ni lonja siquiera saqué. Porque no me van a fusilar por el corte para el traje sastre que le llevé de la producción de Abril a la Alicia.... ¡pelota! No debo perder el tiempo, debo pensar, pero en qué, en qué... ¿En qué se piensa Dios mío cuando uno va a morir? ¿Habrá Dios? No, es muy tarde para pensar en eso. Cuando niño creía, hasta comulgé los primeros Viernes para.... ¿Para qué? ¿No decían los cura que si uno comulgaba siete primeros viernes seguido tenía seguro el cielo? ¿Y yo? ¿Comulgé siete primeros viernes seguidos? No me acuerdo y que cresta me importa ahora, si lo hice allá, me tendrán la cuenta... ¿allá? ¿Pero por qué me van a fusilar? Tiene que haber una confusión. Ni siquiera me la jugué, ni me di el gusto de decirle a esa tropa de milicos lo que se merecen.... ¡Que importa ahora!

¿Que dirá la Alicia? ~~Janito~~ ^{Janito} está chica todavía. Primero no le dirán nada, pero después.... Y a lo mejor vive pensando en vengar a su padre y principia a hablar todas esas huevadas que hablaban en las asambleas ~~de~~ ^{de} las fábricas, ~~en~~ ^{de} la Universidad y se pone como "El Oso". Y al final, lo cagan también.

¿Cuando vendrán? Tengo que pensar, me van a matar.... ¿Que hice con mi vida? ¡Por huevón me van a matar! ¡Por puro huevón!

¿Así que el proceso era irreversible? ¿La historia no volvía para atrás, ah? Que fusilen a los boquerientos, pero yo soy un ingeniero, un técnico. Habría hecho lo mismo que hice para los upelientos con los milicos también. Hay que sacar adelante la producción. Todos decían lo mismo. ¡La batalla de la producción! ¡Miren en lo que fué a parar!

Jano... debiera dejarle algo escrito a Jano... ¿Me dejarán? ¿Pero qué le puedo decir? Es lo último, lo último que le puedo decir, algo que él recuerde toda su vida... ¿pero qué? Salvo decirle que no sea huevón como lo fué su padre, que al final hay gente que siempre se arregla los bigotes y los otros.... ¡A los otros lo fusilan, Janito! ¡Los fusilan!

~~Había pasado un tiempo~~

Ya era noche avanzada, cuando la puerta se volvió abrir. Un soldado traía una bandeja.

"¿Y eso?" - preguntó Alejandro,

"Pa que se de el último gusto".

~~El~~ El soldado dejó la bandeja con el café y el sandwich de churrasco-calentito, olorocito - en el suelo.

- ¡Espere! - gritó Alejandro cuando vió al soldado volverse a la puerta. "Tiene que haber un error! Yo me llamo Alejandro Silva. No soy político, ni extremista, ni ninguna de esas cosas. Soy ingeniero. Me habían puesto de interventor en "Gloria" y eso es todo. Avíese allá afuera. Me llamo Alejandro Silva.

- Alejandro Silva, claro .- repitió el soldado.

- ¿Y me van a fusilar? ¿Por qué?

- No sé. Cumplimos órdenes. Está jodido, amigo.

Nuevamente quedó solo. Se le ocurrió patear la taza y el sandwich, pero con todo, el olor del churrasco le hacía cosquillas en el estómago vacío. ¡Un churrasco! Hacía tres semanas que no veía uno. Y estaba bueno. El último gusto. Si le hubieran preguntado como hacían en las películas, a lo mejor hasta habría pedido un churrasco. Así. Igualito.

Y lentamente, para saborearlo mejor, para hacerlo durar, como si de ese modo prolongara su vida, esa vida a la que quería a pesar de haber llegado a la conclusión en esas horas de soledad que había sido una mierda, principió a masticar el sandwich.

Cuando lo despertaron sintió ~~xxxx~~ vergüenza. El calorcito del café en el estómago vacío, el churrasco que se incorporó a su organismo debilitado con voluptuosa morosidad, lo hizo caer en una modorra que terminó por sueño. ¡Sus últimos momentos de vida lo había pasado durmiendo! ¡Que carajo!

Y aunque siguió protestando su inocencia y hasta quiso halagar a sus guardias, tuvo que aceptar que le vendaran los ojos y , a tientas, conducido por dos conscriptos que parecían tan asustados como él, debió andar varias cuadras, sintiendo que se le doblaban las rodillas, preguntándose aún que es lo que debía pensar y decir en sus últimos minutos, pero sólo encontrando ^{como respuesta} el miedo y, por último, un deseo que eso terminara cuanto antes, que lo liberaran por fin de esa responsabilidad de ser hombre.

Estuvo parado, solo, oyendo el desplazarse del pelotón de fusilamiento, escuchando sus murmullos y casi le dió risa cuando con lo único que pudo comparar su situación actual, lo que tenía presente en su memoria en esos momentos, era los instantes previos a que su madre le pusiera una inyección; él, a pto pelado, tendido de bruces en la cama, esperando el pinchazo, pareciéndole eterna esa espera, aguardando el dolor, el grito que lanzaría. Y la mamá que se demoraba, que seguramente en ese momento avanzaba con la aguja hacia su nalga indefensa...

De un tirón, alguien le sacó la venda de los ojos.

- Ya, te juiste. "Te salvaste por ahora" El Oficial lo miraba con una sonrisita de burla. "Se nos acabaron las balas". Mañana a lo mejor nos llegan! Llévenlo"

Y los mismos conscriptos que lo habían ido a buscar a su celda, lo tomaban ahora por los brazos y, casi en vilo, lo hacían desandar el camino que había hecho a ciegas.

Lo llevaron hasta el camarín donde había dormido desde que llegó al Estadio y lo tiraron de un empujón encima de los demás prisioneros que dormían hacinados en el suelo.

- ¿Que fué? preguntó "El Oso".

Alejandro estaba todavía embotado. Se demoró en contestar.

- Me fusilaron.- Y después, alcanzando a advertir lo ridículo de su respuesta rectificó. "Un simulacro, claro."

- Eso se lo hacen a los duros.- comentó El Oso y después con una cadencia que en la que Alejandro reconoció el sentimiento de vergüenza, agregó: ¿Por qué no nos dijiste nada. Nosotros creíamos que tú...." Se detuvo, miró a los demás prisioneros que, ya despiertos, miraban a Alejandro con respeto y ordenó:

-A ver...Háganle un hueco al compañero. Junten frazadas, que esté cómodo.

Después de su fusilamiento, las cosas cambiaron para Alejandro Silva. Siguió manteniendo su cuidado personal y continuó deambulando solitario por las dependencias del estadio cuyo paso estaba franqueado a los prisioneros, pero "El Caballero Solo" dejó de sentir la hostilidad de los demás. De vez en cuando algún prisionero se le acercaba y compartía con él las magras provisiones que lograban obtener del exterior o le daban alguna información del curso que seguían los interrogatorios, los procedimientos que se estaban usando, poniéndolo en guardia de tal o cual estratagema que usaban los militares para obtener verdad de mentira.

-¿-Te acuerdas del Lucho? -le pregunto El Oso una tarde que se hizo el encontradizo - "Ese cabro delgadito que dormía con nosotros x y que le gustaba cantar canciones de protestas mientras se duchaba. ¿Te acuerdas?

- ~~Si~~. Hace rato que no lo veo. ¿Quedó libre?

- Está en la enfermería.

- ¿Lo interrogaron duro?

- Sí, pero no fué por eso. Un día vió x llegar a un amigo al Estadio. Parece que lo nombró en el interrogatorio. En su desesperación se quiso suicidar. Se quiso cortar las venas con una gilette... ¡Pobre!

El Oso se metió la mano dentro de la camisa y extrajo dos cigarrillos achufuscados que quizás cuanto tiempo había escondido en los repliegues de grasa de su barriga que ya empezaba a desaparecer.

- ¿Quieres?

- ¿De dónde lo sacaste?

- Los tenía guardado. Claro que hay que compartir, pero...

Fumaron un rato largo en silencio. Alejandro advertía que El Oso quería hablarle algo, pero que no se atrevía. Varias veces aspiraba como para lanzar palabras y se quedaba ahí, mudo, mirando el cigarrillo, el humo que se llevaba la brisa.

Por fin se decidió.

- ¿Y tú? ¿Hablaste? Cuando te fusilaron... ¿Hablaste?

- No.

- ¿Nada?

- Nada.

Alejandro no le dijo a El Oso que tampoco nada le habían preguntado,

pero estaba conciente de su nueva reputación y no era el de caso perderla por una indiscreción.

- A mí me interrogaron suavemente, no más. Pero me prometieron otra sesión. Y, palabra, no sé x si voy a ser capaz de resistir. Tengo miedo, compañero, tengo miedo. No todos tienen la sangre fría, la fortaleza tuya....

-No hay que amargarse. Cada uno hace lo que puede.- se oyó a sí mismo decir Alejandro y se aseguró que El Oso no lo miraba, porque de lo contrario habría advertido su rubor.

Esa conversación con El Oso terminó por dar seguridad a Alejandro que su reputación estaba bien establecida entre los prisioneros. Eso no dejaba de inquietarle pensando que la consideración de que ahora gozaba pudiera trascender hasta los militares que ~~controlaban~~ controlaban el estadio, pero por otra parte principió a sentir, lo que nunca sintió durante los años del Gobierno de la Unidad Popular, que un lazo de solidaridad lo unía con toda esa gente ~~hacia~~ que hasta hace poco le era ajena y a las que instintivamente había rechazado. ~~Ya~~ Ya no estaba tan ansioso de que lo llamaran a interrogatorio y había perdido la seguridad de que, cuando él se efectuara, quedara libre. Se estaba acostumbrado a esa rutina ~~del~~ del campo de prisionero y, por primera vez, no sin cierta aprehensión, se sentía incorporado a un grupo cuya suerte ~~formaba~~ formaba parte de su propio destino.

La segunda vez que lo "fusilaron", las cosas ~~se~~ habían sucedido casi igual que la primera. El mismo encierro, su misma desesperación, pero ésta vez con la esperanza guardada en el trafo de su conciencia ^{igual que la primera vez,} que también, sería una farasa y cuando, al final, le sacaron la venda de los ojos y lo enviaron de vuelta a su camarín, hasta se dió el lujo de ^{para sí} criticar la falta de imaginación de esos milicos que pretendían asustarlo, vaya uno a saber para qué y por qué, utilizando los mismos medios

Si las cosas habían cambiado para él con su primer fusilamiento, el segundo le dió una aureola de hombre duro, al que los militares se empeñaban ~~en~~ inútilmente en doblegar, depositario de quizás que información celosamente perseguida, pero que Alejandro Silva sabía guardar con mayor celo aún.

El Oso le confidenció:

- Parece que nos van a sacar de aquí.

- ¿Y adónde?

- No sé, pero los preparativos están claros. Parece que el asunto del ~~partido~~ partido de football entre la Unión Soviética y Chile, ha traído cola. Hay protesta internacional por el uso que le están dando al "stadio". Nos van a trasladar. Han liberado a muchos y a otros tantos los han liquidado. ¿No oíste las descargas anoche?

- Puro fogeo....

- ¡Ojalá!

Entró un oficial seguido de dos soldados armados.

" A ver....Tú...tú....." Contó hasta seis. "Acompañenme".

El grupo se desplazó, en la noche, camino al velódromo. Ninguno se atrevía a hablar y cuando los metieron en un cuartucho y les anunciaron que en la madrugada lo iban a fusilar, tampoco nadie se atrevió a protestar.

"No se les de nada -comentó jocosamente Alejandro - van a comer churrasco. Los hacen de uno."

"No es momento para bromas", protestó el que le decían "El profesor".

"Entre morir riendo y morir llorando, más vale morir riendo", contestó Alejandro.

Sabía lo que estaba pasando por la cabeza de los otros cinco. Le divertía verlos todo jodidos, pensando en qué debía pensarse antes de morir, recorriendo los episodios de cada una de sus vidas para llegar a la conclusión que no había servido para nada vivir, que se iban sin dejar una huella. Alejandro sabía lo que ^{les} pasaba y, lo que era mejor, sabía lo que iba a pasar.

- A ver, compañeros. No le demos el gusto de que nos vean todo cagados. Cantemos.

- Como pa cantar estoy .- refunfuñó un obrero metalúrgico que en las primeras semanas se había dedicado a hostilizar a Alejandro por su preocupación de mantener una buena apariencia.

- "Ya, cantemos" -insistió Alejandro.- y principió a entonar el "Vencemos" y menos mal que El Oso con una voz estentórea lo siguió de inmediato porque él no se sabía todas las estrofas.

Y ~~xxxx~~ cuando se ~~xxxxxx~~ cansaron de cantar y la conciencia de que iban a morir en un momento más, sumía al grupo en un silencio desesperado, Alejandro sacó de la trastienda de su memoria todos los pocos chistes que conocía y los contaba para reirse después ruidosamente, no tanto del chiste, sino de ver la cara de admiración y respeto de su público tan singular.

Se abrió la puerta y una voz ordenó que salieran. Recién principiaba a amanecer.

- "¿Cómo? ¿No nos van a dar el churrasco? ¿Que clase de fusilamiento es éste?"

Con la punta del rifle, golpeándole las costillas lo hicieron callar. ~~xxxx~~ Los hicieron caminar hasta un lugar que iluminaban los focos del velódromo y los pusieron en fila. Cada uno separado ~~xx~~ dos pasos del ~~xxx~~ otro.

Alejandro advertía que la faranalla era diferente a la anterior. Tal vez porque en esta oportunidad no era uno solo, sino un grupo. Después de todo él sabía como terminaba todo ese teatro. Mal teatro.

Fueron vendando la vista uno a uno, pero cuando le llegó el turno a él, la rechazó con desprecio.

"No quiero venda. Siempre he tenido los ojos bien abiertos y no voy a morir vendado"

Encontró que la frase no estaba muy bien redondeada, pero que no estaba mal para una recopilación de "últimas palabras", de esas que salían en los almanaques ~~xxxxxx~~

Vió al pelotón entrar y situarse frente a ellos. Antes sólo, lo había oído y le extrañó que la realidad fuera tan semejante a como, en las dos veces anteriores, lo había imaginado.

* 7 Apnten!"

Ordenó el oficial.

Y ahora, recordó Alejandro, vendría un instante que parecerían eternos, para luego decir que se habían acabado las balas y los devolverían a empellones al camarín.

- ¿Alguien quiere decir algo? .- preguntó sorprendidamente el oficial.

PxA Alejandro le pareció que sus compañeros vendados se inclinaban ligeramente hacia el extremo de la fila donde estaba él. Después de todo, él había sido el que había llevado la voz cantante en el encierro previo. Pero el cambio en el libreto lo principió atemorizar. Por primera vez se preguntó si esta vez no sería de verdad.

- Ud., compañeros. Diga algo Ud. por todos nosotros .- oyó Alejandro que el Oso le decía.

El oficial los miraba sonriendo, divertido con lo que parecía considerar una cobardía en gente que hacía un mes se llenaba la boca con la revolución y el poder popular.

"Ni la sangre ni la muerte -se oyó a sí mismo decir Alejandro - impedirán que el pueblo venza a sus opresores."

Los demás permanecieron en silencio, pero Alejandro pudo sentir la admiración de sus compañeros, el sentimiento de haberlos interpretado, de haber sido, por una vez, el que dijera lo que otros no se atrevían a decir.

" ¡Fuego!"

El oficial se acercó a dar el tiro de gracia, pero no fué necesario. Alejandro Silva, "El Caballero Solo", estaba en el suelo, recogido, inmóvil, acribillado, con un hilillo de sangre que le salía por la boca.

"Sauenele las vendas" ~~xxxxxxxxxxxx~~ ^{xxx} ordenó el oficial. "Se nos acabaron las balas", agregó sonriendo mientras los otros a medida que ~~xx~~ lo iban despojando de sus vendas miraban el cuerpo de Silva con recogimiento y pavor.

Apenas si tenía 20 años y ya Jano Silva tenía formada su reputación de revolucionario. Se le conocía y admiraba, además, por ser el hijo de "El Caballero Solo", ese legendario guerrillero que la crónica clandestina había exaltado, en cuyo honor se habían compuesto canciones que relataban su heroísmo y que eran cantadas ~~cuando xxxxxxxx~~ ^{as} con fervor por la juventud de avanzada. En el monolito que se construyó en el cementerio general, ~~x~~ para honrar a los caídos durante la represión de 1973, estaban grabadas las palabras que pronunció al morir y que eran la síntesis de una vida dedicada a la causa popular.

Jano admiraba a su padre. Había crecido ~~xxxxxxxxxxxxxxxx~~ admirándolo, ^{recordando} oyendo más tarde el relato que uno de sus compañeros de cautiverio que llamaban El Oso por su corpulencia y espesa barba le había hecho de los últimos días de "El Caballero Solo".

Había veces, sin embargo, que Jano sentía nacer y expandirse dentro de sí, un sentimiento de fastidio, de desinterés por la actividad política, un deseo de vivir una vida tranquila, segura y hasta sentía un instintivo rechazo al idealismo que le resultaba ingenuo de sus compañeros y hasta de sus mayores,

Pero cuando eso sucedía, su voluntad estaba alerta para conjurar esa desviación burguesa, avergonzado de esa tendencia que se había infiltrado en su sangre quizás por donde y redoblaba sus esfuerzos para ser consecuente con el heroico ejemplo de su padre.

No. No podía traicionar su herencia.

Enero 24, 1975 .- Bogotá